

“plato pequeño, y esa asentada en el fin del espinazo, baja la co-
 “la hasta las corbas en un cordel con que van ceñidos.” La ma-
 cana llevaban atravesada como daga, la tilma atravesada por el
 pecho y la cara, las piernas y los brazos pintados ó embijados
 de amarillo ó de negro de olin del comal con ceniza; el chimalli
 guarnecido de plumería, “los cuales son como las vaseras de vi-
 “drios y cálices con los cuales se revuelven y adargan metido
 “todo el cuerpo debajo de ellos.” En la mano izquierda tenían el
 arco y la lanza, con la derecha flechan, y en cayendo un enemi-
 go, con una hacha pequeña le cortan la cabeza, y ésta se llevan
 si no pueden todo el cuerpo. En volviendo á sus tierras, “si traen
 “algún cuerpo, media legua ántes de llegar al pueblo, para que
 “las mujeres que ayunaban mientras iban á la guerra y las de-
 “mas que están en el pueblo les salgan á recibir; ellos esperan
 “en un puesto que para ello tienen señalado, donde hay muchas
 “piedras hechas á manera de canal, largas, de más de cuatro piés
 “y cubierta como albañal, por las cuales van metiendo los cuer-
 “pos que traen, y dan á las mujeres las manos para que las lle-
 “ven colgadas al cuello como nóminas.” Llegados á sus casas que
 son de terrado y con puertas muy estrechas, junto al árbol de
 zapote que tienen en el patio (y al pié del cual dejaron una fle-
 cha ó un hueso de hombre muerto para que su ídolo les diese
 victoria) sobre una piedra lisa dejan la carne mientras la ponen
 á cocer; luego desmenuzan el cuerpo, cortándole por las coyon-
 turas y le ponen en dos ollas, teniendo cuidado del fuego dos vie-
 jos destinados al intento, durante toda la noche que los demas
 gastan en baile y regocijo con la cabeza del muerto en las ma-
 nos. A la mañana sacan los huesos mondos, que guardan en sus
 casas fuertes con las cabezas ó los cráneos en señal de sus victo-
 rias. La carne deshecha ya, la revuelven con maíz ó frijoles co-
 cidos, y á cada uno de los que asistieron al baile dan su porcion
 en un cajete; la primera racion pertenece al ídolo y al guerrero
 vencedor, á quien hacen un agujero en el labio inferior en medio
 de la barba que pasa de un lado á otro, por el cual meten un
 hueso con un boton por dentro que sale de fuera como tres dedos,
 se hacen tantos agujeros cuantos hombres han matado.

▲yunan rigurosamente, y mientras dura, ni comen cosa con sal,
 ni tocan persona, ni hacen nada, solo comen un poco de maíz
 tostado ó pinole, que beben en una calabacilla que traen colga-

da en señal del ayuno: éste guardan cuando van á la guerra, ó si
 ven algún xixime que son sus enemigos; cuando siembran, cose-
 chan, pezcan ó tienen devocion. Llaman á sus ídolos Tesaba y al
 principal Neyuncame, el que todo lo hace: el númen protector de
 las sementeras era de forma de conejo ó venado, á fin de que és-
 tos animales no las talaran; el que cuidaba de la caza de los sier-
 vos, unas grandes astas del mismo cuadrúpedo; una águila muer-
 ta era el dios de la volatería y un navajon de pedernal cuidaba
 de que las flechas no se descompusieran. Otros ídolos había en
 figuras humanas ó solo las cabezas, entre las cuales había uno
 que “era la cabeza de un hombre bien hecha, con un cucurucho
 “como de capilla de un fraile capuchino.” Cuidaban de los dio-
 ses unos sacerdotes, que finjen tener el poder de sanar las en-
 fermedades por medio de conjuros, hablar con los ídolos y reme-
 diar las necesidades de la comunidad, por el imperio que tienen
 sobre los elementos.

“Tienen estos ídolos unos altares muy fijos, hechos de figura
 “circular, comenzando con un círculo muy pequeño, de compas
 “de dos palmos, y sube una vara en alto, hecho de piedras lla-
 “nas con barro y luego otro mayor que cerca aquel del mismo
 “altar, y luego otro y otro hasta que viene á ser un compas de
 “dos varas. En este altar tenían los ídolos y ofrecían las ofren-
 “das, y cuando no había otra cosa, ofrecían y ofrecen todavía
 “una hoja de árbol puesta una piedrecita encima; otras veces un
 “manejo de zacate, y encima la piedra para que no se vaya. En
 “las juntas de los caminos suelen tener un monton de piedra, en
 “el cual ponen un manojito de zacate y una piedra encima para
 no cansarse en el camino.”

Comunmente andan desnudos; en la cintura llevan ceñido
 un cordel delgado, con flecos y borlas de un gema de largo y
 cuatro ó seis dedos de ancho en la parte delantera; cúbrense al-
 gunos con tilmas de algodón ó pita sacada del maguey, teñidas
 algunas veces de azul, ó de pieles adobadas. Se sientan sobre la
 planta del pié derecho, doblando la rodilla y poniendo el empei-
 ne del pié contra el suelo, causa por la cual tienen allí muchos
 callos. Conservan largo el cabello, cuidándolo con esmero y se
 lo trenzan con cintas blancas de algodón. Traen al cuello gran-
 des sartas de caracoles y conchas de algunos mariscos, y lo mis-
 mo en las muñecas de las manos: se agujeran la ternilla de la na-

riz, y se cuelgan con un cordón una piedra verde de las que llaman chalchihuites; llevan en las orejas muchos zarcillos negros, cada uno con una cuenta blanca, ó arillos de plata ó de cobre "tan grandes como manillas, y en grandísima afrenta entrárellos "cuando alguna vez, estando borrachos, les desgarran las orejas." Traen algunos ligas en las piernas, hechas de las piernas de los venados que han muerto, y lo mismo en la garganta del pié, porque dicen que así trepan por las montañas con facilidad: cansándose se sangran de las piernas con una flecha aguda, practicando lo mismo en la frente cerca de las cienes cuando les duele la cabeza.

Yendo de camino las mujeres llevan la carga en un *cacastle*, que tiene la forma de un *huacal* angosto en lo bajo y ancho por arriba; en éstos va el bastimento, que es el maíz blanco en mazorca, encima los utensilios para guisar y comer, y arriba de todo el niño ó niños envueltos en una tilma, que allí van durmiendo; á los lados van los papagayos y las guacamayas, que crían y cuidan para tomarles las plumas y adornarse con ellas, y además penden las pesuñas de los venados matados por el marido, ensartadas en unos cañutos de caña, que con los huesos de los mismos cuadrúpedos van haciendo ruido como cascabeles: el hombre carga á la espalda los muchachos grandecillos, y en esta forma la pareja lleva toda su hacienda. Comen en los caminos y en la guerra un poco de maíz tostado, y como alguno derraman, si van muchos juntos les siguen los cuervos para comer el desperdicio, y ésta era señal para descubrir que se acercaban.

Es gente mediana de cuerpo, bien agestada y proporcionada, de color no muy oscuro, y no se rayan el rostro sino los de la provincia de Baimoa; son alegres y conversan con afabilidad y risa; ni son huraños, ni esquivos, ni melancólicos, ni retirados, ni temerosos, sino atrevidos y muy liberales, que acostumbran poner á la puerta de su casa una olla de pinole, y de ella bebe todo el que pasa, sea propio ó extraño. Gozan de buen entendimiento, prosiguen con tezon lo comenzado, y no les eran ajenos algunos rasgos caballerosos. Jugaban á la pelota á la manera de los méxicas, y les era familiar el *patolli*. (1) Nos hemos detenido

(1) Alegre, Hist. de la Comp. tom. 1, pág. 193 y sig. D. Fernando Ramirez, art. Acaxees en el Dic. Univ. de hist. y de geogr.

un tanto en la descripción de este pueblo antropófago, porque siendo de filiación nahoa, sirva para comparar con los pueblos civilizados de la misma raza.

De la misma familia acaxee eran los *papudos* y los *tecayas* que vivían hácia el mineral de Topia, (1) y los *baimoas* que vivían hácia el N. Les correspondían también los *sabaibos*, situados entre los *tebaca* al N. y los *xiximes* al Sur. (2)

Los *xiximes* tenían al N. á los *acaxees* al E. y S. los *tepehuanes*, al E. á los *nahoa*, al S. los *nahoa* y *tepehuanes*. Vivían en el corazón de la sierra, en los puntos más escabrosos é intransitables. Era sin comparación la tribu más bárbara y brutal; enemiga jurada de los *acaxees* con quienes estaba en continua guerra. Más que ningunos otros salvajes, tenían la repugnante y atroz costumbre de comer carne humana; y no solo era la de los prisioneros que en sus manos caían, sino que, para proveer de sustento á su familia, salían á las montañas en busca de un *acaxee* como á caza del venado: los huesos y las calaveras los colgaban como trofeos en las paredes y puertas de sus habitaciones y en los árboles cercanos. En el traje y en las costumbres eran semejantes á sus vecinos: traían largo el cabello, trenzado con cintas de diversos colores, usaban de las mismas armas que aquellos, y hablaban lengua propia, aunque hermana de la *acaxee*.

Los *Tebaca*, de la familia de las tribus acabadas de nombrar, quedaba al O. de los *acaxee*.

En el actual Estado de Sinaloa, hácia el término del *nahoa*, siguen al N. muchas pequeñas tribus con nombres diferentes. Sobre el río llamado hoy del Fuerte, comenzando por su origen en las montañas, se veían los *sinaloas* que dieron nombre á la comarca, y siguiendo al O. los *tehuecos* ó *teguecos*, luego los *zuaques*, y hasta tocar con el mar los *ahomes*. Los *vacoregues* ó *guazaves* vivían en las playas del Pacífico, sustentándose de la pesca; se decían venidos del N. en cuyo suelo colocaban el paraíso y la habitación de las almas de los muertos, en cuya memoria, por un año entero, daban grandes gritos y sollosos, una hora ántes de

(1) Alegre, Hist. de la Com. tom. 1, pág. 379.

(2) Alegre, Hist. de la Comp. tomo 1, pág. 422. Visita del Obispado de Durango por el Illmo. Sr. D. Pedro Tamarón, Obispo de su Diócesis. MS. en poder del Sr. D. José Fernando Ramirez.

salir y de ponerse el sol. Los *batucaris*, que eran cazadores; los *comoporis*, también pescadores, ocupaban una península á siete leguas de Ahome; de carácter feroz y valientes. Los *zoos*, *troes* ó *troes*, venidos del N. junto con los ahomes vecinos de los sinaloas. Los *huites* brocos, y desnudos vagabundos. Las pequeñas tribus de los *ocoroni*, *nios*, *ohueras*, gente bosal, *cahuimetos* resavidos y serranos, *chicoratos* y *basopas*, *chicaras* vecinos de los *chicoratos*, etc.

Segun los autores que nos han servido de guía, (1) habitan estos bastos países muchas diferentes, aunque pocas numerosas naciones. Causan la diversidad el idioma, ó solo la situacion de la ranchería, y frecuentemente solo la enemistad entre pueblos del mismo origen. Las chozas son de bejucos ó de carrizos entretrejidos, sostenidos por horcones, con los techados de madera revocada con barro; en los pueblos de la Sierra, y en algun otro, había además dos grandes casas de piedra, en la una de las cuales se recogían de noche los hombres y en la otra las mujeres, para estar espeditos los guerreros caso de una sorpresa. Para defenderse de las inundaciones, formaban sobre los árboles más juntos una especie de tablados, con tierra encima, para poder encender fuego. Las puertas de las casas eran muy bajas, y delante de ellas había un cobertizo ó portal á cuya sombra pasaban los calores del sol, y en cuya parte superior ponían á secar los frutos. Cultivaban maíz, frijol y otras semillas groseras, sembrándolas á corta distancia de sus chozas, recogiendo la cosecha á los tres meses: conocían la tuna, la pitahalla, y las frutas silvestres; de éstas y del maguey sacaban bebidas embriagantes para sus fiestas. La embriaguez no era vicio particular y vergonzoso, sino público y autorizado; se ponía principalmente en ejercicio en las juntas en que se deliberaba la guerra y al salir á campaña. Al tornar de la guerra, plantaban en una lanza la cabeza, brazo ó pié de los enemigos muertos, bailando al rededor al son de roncós atambores y descompasados gritos, añadiendo cantos que tenían por asunto alabar á la nacion y afrentar á los

(1) Historia de los triumphos de nuestra Santa Fee entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo Orbe; Conseguido por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesus en las Misiones de la provincia de Nueva España. Escrita por el P. Andres Perez de Rivas, Provincial de la Nueva España, natural de Córdoba. Madrid, 1645. —Alegre, Hist. de la Comp. tom. 1, pág. 239-35.

vencidos. Concurrían al baile las mujeres y los jóvenes; terminado, solo los guerreros tomaban parte en las libaciones, y en fumar tabaco en cañas delgadas y huecas: fumado el tabaco en compañía de nacion diferente, nacía una alianza solemne, cuya transgresion se vengaba cruelmente. Sus armas el arco, la flecha con ponzoña que siendo fresca no curaba antídoto alguno, porras pesadas de madera, picas ó chuzos de brazil; las defensivas consistían en escudos ó alargas de cuero de caiman: pintábanse rostro y cuerpo de colores brillantes, adornándose con plumas de guacamaya.

Gozaba particular estimacion la virginidad. En algunos pueblos, las doncellas traían al cuello una concha nácar primorosamente labrada, señal de su condicion, siendo muy grande afrenta perderla ántes del matrimonio. Este se contraía solo con el expreso consentimiento de los padres; á su presencia y á la de los parientes, quita el marido á la desposada la concha de las vírgenes. Se repudia á la mujer por pretextos libianos, y solo los jefes pueden tener varias esposas: las doncellas caminan por los campos, de una en otra nacion, sin temer el menor insulto. Hombres de trato infame había en Culiacan y en Chiametla, casos se daban en Sinaloa, mas todos eran mirados con desprecio y horror.

No reconocían gobierno ni ley; el poder de los jefes consistía en ciertas distinciones concedidas á su nobleza, y en la facultad de convocar á la tribu, para emprender guerra ó concertar alianza. La ancianidad gozaba de las prerrogativas de los nobles; la edad y la sangre eran superiores al valor y la gloria militar. Las mujeres se cubrían de la cintura abajo con lienzos de algodón; los hombres andaban de comun del todo desnudos. Jamás reñían con los de su pueblo, ni con sus aliados; practicaban generosa hospitalidad con propios y extraños, ménos con los enemigos. El homicidio, el hurto, el engaño, el trato inícuo casi no tenía ejemplar entre ellos; la carne humana la comían solo los pueblos de la sierra. No tenían altares ni ídolos, ni culto de ninguna clase, y solo tenían miedo á ciertos ancianos, especie de médicos, que gozaban reputacion de hechiceros. Su única ceremonia consistía en encender una gran hoguera en la plaza del pueblo, á cuyo rededor se sentaban los guerreros y los ancianos,

fumando cañas con tabaco; en medio de un profundo silencio se levantaba el de mayor autoridad, pronunciando un discurso conforme al objeto á que se habían reunido: el orador decía al principio con voz mesurada, dando lentamente vuelta á la plaza; á medida que la importancia del asunto crecía, la voz era más fuerte, mayor la aceleración del paso, y en el silencio de la noche llegaba á oírse en todo el pueblo. Media hora ó más duraba la peroración, y terminada tomaba asiento el orador en medio de innumerables aplausos, convidándole con la pipa: otro ocupaba la estensa tribuna, y despues otros, pasando así gran parte de la noche. Aquellas arengas llenas de figuras y desahogos, que á los pueblos civilizados parecerían gróseros, tenían la fuerza bastante para conmover el corazón de los salvajes, encendiendo en su pecho el amor de la patria y la venganza contra el enemigo.

La mayor parte de estas naciones vivía á la orilla de los rios, para gozar de agua y terrenos cultivables, en pequeños pueblos ó aldeas, apartados más ó ménos segun las comodidades de la tierra. Los habitantes de las montañas y de las marismas se sustentaban de caza, raíces, frutas silvestres, y bebían de las aguas estancadas; los de la costa gozaban del pescado, sirviéndoles de pan para comer el fresco, el que preparaban seco: no era este obstáculo para que alcanzaran salud y larga vida. Los Sinaloas eran de gran estatura, mayores que los americanos y aun los europeos, muy sueltos y lijeros. "Cuando llueve, si quieren defenderse del agua, el remedio es coger una macolla ó manojo de paja larga del campo. Este atan por lo alto, y sentándose "el indio lo abre y pone sobre la cabeza, de suerte que le cubra "el cuerpo al rededor, y ese le sirve de capa aguadera, de techo, y "casa ó tienda de campo, aunque esté lloviendo toda una noche. "Esta es la defensa de la lluvia, y para la de los soles fortísimos "de esta tierra no la tienen mejor. Porque todo el reparo es incar "unos ramos de árboles en la arena, y sentarse, vivir y dormir á "esta sombra." El viento resisten en el cuerpo desnudo, y el abrigo contra los frios del invierno consiste en encender candeladas, entre las cuales se acuestan sobre la arena. Para caminar en las noches destempladas usan llevar en la mano un tizon, el cual aplican cerca del estómago para recibir el calor, llevando todo

el cuerpo á la inclemencia. "Este tan peregrino género de gente "es mucho menor en número que las labradoras, y con tal modo "de vivir están más contentos que si tuvieran los haberes y pacios del mundo." (1) Sus tradiciones están constantes en asegurar su origen de los países boreales y sus relaciones con los nahon.

Entrando ya en Sonora, sobre la costa del mar rojo ó de Cortés, la primera nacion que encontramos al S. del Estado de la *cahita*; divídese en *yaquis* que viven orillas del rio Yaqui, Hiaqui, Yaquimi, y *mayos* que tienen sus pueblos sobre el rio Mayo.

Siguen al N. los *pimas*, cuya lengua se llama *pima*, *cora*, *nevome*: en su lengua se llaman *otama* en singular, *ohotoma* en plural. Divídense en *pimas altos* y *pimas bajos*; los primeros van á terminar en la frontera con los Estados-Unidos. De la misma familia son las tribus que llevan por nombres *sobaipuris*, *sobas*, *pollapiguas*, *piatos*, y los *pápagos*, *papakotís* ó *papalotes*: otras varias se enumeran, que hoy corresponden al vecino territorio.

Los *séris*, á lo largo de la costa, están limitados al N. por los *pimas*, al O. por los *pimas bajos* y los *ópatas*, al S. por los *yaquis*. Es la más pequeña de aquellas naciones, mas tambien la más cruel, la más falaz y salvaje: ha preferido ser exterminada á reducirse á vida política. Perezosos, indolentes, se entregan con tanta pasión á la embriaguez, que las madres dan con la boca el aguardiente á los niños más pequeños. Son altos, bien formados y las mujeres no carecen de belleza. Es proverbial la ponzoña con que envenenan sus flechas, por su efecto mortífero: componen el jugo venenoso con multitud de ingredientes, añadiendo al confeccionarlo fracturas supersticiosas. Pertenecen á esta tribu los *salineros*, *tepocas*, *guaymas* y *upanguaymas*.

Los *ópatas* confinan al N. con los *pimas altos* y los *apaches*: al E. con la *Taraumara*; al S. con los *pimas bajos*, al O. con los *pimas* y los *séris*. La lengua *ópata* se dice tambien *ure*, *ore*, *teguima*, *sonora*. Se subdividen en *ópatas teguis*, *ópatas teguimas* y en *ópatas coguimachis*: (2) Pertenecen tambien á la misma familia los *contla*, *batucas*, *sahuaripas*, *himeris* y *guasaves*; les corresponden igualmente los *endeves*, *hegnes*, *hequis*, *hebes*, *eudevas* y *ba-*

(1) Perez de Rivas, tiempos de la fé, pág. 8.

(2) Noticias estadísticas de Sonora, por D. Francisco Velasco.

tucos así como los *jovas*: ellos en su propia lengua se dicen: *dohme*. (1)

Aquellos pueblos conservaban el recuerdo de las tribus *nahoa*, y según algunos misioneros tenían por su progenitor á Motécuhzoma á quien en su lengua llamaban *tamō mota*, nuestro primer principio, esperándole aún que volviera entre ellos cual tenía ofrecido; mas esto es solo una reminiscencia de los tiempos modernos, que tal vez no entendieron bien los buenos catequistas. No reconocían dioses ni tenían ídolos, ni altares, ni culto; algunos ancianos que unían al oficio de curanderos el de doctores y mágicos, eran quienes enseñaban algunas doctrinas, con supersticiones para dominar los elementos y obligar á la naturaleza les diera cuanto habían menester. Creían en la inmortalidad del alma y en un juicio particular de las acciones en la otra vida: sacaban agüeros de los animales y de los fenómenos naturales. Según esto último no había falta de religion que nunca falta por completo, sino que las creencias se encontraban en estado incipiente.

No usaban tanto la embriaguez como otras naciones, sacando sus bebidas fermentadas del maíz, mezcal, tuna, y del sauco cuyo efecto duraba por varios días. Les eran comunes las reuniones nocturnas de las demas tribus, con sus prolongadas arengas. Practicábanse los matrimonios de una manera singular. Puestos en hilera los y las jóvenes que se habían de desposar, en presencia de toda la tribu y á una señal echaban á huir las mujeres; á cierto tiempo despues, prévia otra señal, partían á la carrera los hombres empezando una persecucion que terminaba cuando cada cual se había apoderado de una jóven agarrándola por la tetilla izquierda, esta era su novia, bastando aquel acto para que ambos quedaran casados.

Recien nacidos los niños, con una espina les pican al rededor de los párpados, dejándoles impresos con tizne dos arcos de puntos negros, repitiendo la operacion por el rostro y cuerpo conforme van entrando en edad: los pimas tienen estas pintas como medio para realzar su hermosura. Cada niño ó niña tienen su *péri*, es decir un hombre ó mujer respectivamente de los parientes ó extraños que á ello se ofrecen; dicen al infante cuáles son

(1) Relaciones de Sonora, en los MSS. del Archivo general.

sus obligaciones, tentándole el cuerpo y tirándoles de brazos y piernas, tras lo cual el *péri* queda identificado con el niño.

Enterraban á los muertos poniéndoles en la sepultura sus vestidos, armas, una porcion de pinole y una olla de agua. Las madres por algunos días continuos, recogían en una jícara la leche de sus pechos, para ir á verter sobre el sepulcro de su hijo.

Entre los ópata principalmente, para que un mozo fuera promovido al grado de guerrero, era menester que hiciera su noviciado saliendo algunas veces contra el enemigo; portándose con valor, el capitán del pueblo procedía á darle el grado. Reunidos los guerreros, se escogía un padrino quien ponía las manos sobre los hombros del candidato; en esta forma, el capitán le dirigía una plática acerca de sus deberes, y sacando del carcax una garra seca de águila, le arañaba hasta hacer brotar sangre, desde el hombro hasta la muñeca de la mano, no siguiendo líneas rectas sino onduladas; luego sobre el pecho y despues en muslos y piernas: la prueba debía sufrirse sin dar la más mínima prueba de debilidad. Incorporado á los guerreros no terminaban sus trabajos; mientras tenía el lugar ménos antiguo le tocaba velar de continuo, no se acercaba á la lumbre por más fría que fuera la noche, y si se dormía ó intentaba acercarse al fuego, le echaban agua, le denostaban y hacían que sufriera la intemperie sin murmurar.

Para salir á campaña se preparaban la noche anterior con una junta en que el capitán recordaba á todos su deber y sus proezas. Astutos y cautelosos como todos los salvajes, su principal intento era dar una sorpresa ó albazo; y logrado, en vez de perseguir al enemigo hasta destruirle, se contentaban con el despojo tomado; cortaban la cabellera á los muertos y con ellas bailaban sobre el campo de batalla. Si derrotados, volvían á su pueblo de noche y en silencio: si vencedores, salían las mujeres precedidas de una vieja y de la esposa del capitán, saludaban á los guerreros, y mientras éstos colgando las armas á las puertas de sus casas se quedaban de espectadores, ellas tomaban la cabellera; la pisaban, le echaban agua caliente y ceniza, bailando al son de las canciones que tienen compuestas al intento: á los prisioneros, cualesquiera que fuera su sexo y edad, las viejas les quemaban el cuerpo con tizones, principalmente los muslos, haciéndoles bailar é impidiéndoles el dormir hasta que caían extenuá-

dos. Los ópatas acostumbraban traer la mano de uno de sus enemigos, para revolver con ella el pinole que en aquella ceremonia se ofrece á los danzantes (1).

Las tribus de California no tuvieron otra entrada que por el Norte, la forma de la península las precisaba adelantar hácia el S., de manera que las más australes al llegar al término de la tierra debían parecer como prensadas por las demas; esto aconteció con los *pericues*, quienes vinieron á perderse en S. José del Cabo. La parte media la ocuparon los *guaicuras*, subdivididos en *coras*, *conchos*, *nchitas* y *aripas*. Vivieron en la parte boreal los *cochimiés*, con sus subtribus los *edués* y los *didués*.

Aquellos pueblos se encontraban en un estado lamentable de atraso. Subdivididos en familias, no reconocían gobierno ni ley, pues el mando de sus jefes era precario y solo para la guerra ó la caza. No tenían casas, ni trastos de barro, ni lienzos con que vestirse; abrigábanse como las fieras debajo de los árboles ó en las grutas; los hombres iban desnudos, las mujeres medio cubiertas con hilos sacados de las hojas de la palma, ó cañutos ensartados de carrizo. Desconocían la agricultura, manteniéndose con los frutos espontáneos de la tierra, animales, inmundas sabandijas y pieles secas; sin embargo no comían carne humana, ni el tejon porque decían que se parecía al hombre. La escasez de mantenimientos les hacía adoptar algunas prácticas asquerosas: hartos de pitahayas cuando era su tiempo, recojían despues las pepitas arrojadas y no digeridas, para lavarlas con esmero, tostarlas y comerlas de nuevo. Los del N. atan á un cordel delgado un pedazo de carne y en esta forma le tragan, despues de dos ó tres minutos la extraen del estómago, tirando del cordel que ha quedado pendiente, y vuelven á mascar, tragar y sacar repetidas veces hasta que la carne se consume: algunas veces se juntan varias personas, y á la redonda va corriendo el bocado de uno en otro.

Sus armas eran el arco de cinco piés de largo, y la flecha con punta de pedernal para la guerra, de madera dura para la caza: combatían á sus enemigos de una manera desordenada, con grandes alaridos, más furia que valor; en la batalla empleaban una

(1) Véanse para las tribus de Sonora los escritos contenidos en la Tercer serie de documentos para la historia de México: México 1856.

especie de dardo y la porra. Aunque en ciertas creencias religiosas, no tenían ni ídolo ni altar, ni culto externo, no obstante lo cual tenían ideas confusas de algunas divinidades. No faltaban tampoco charlatanes que curaban las enfermedades con más empirismo que ciencia, haciéndose pasar por magos que disponían de los elementos y conocían la suerte futura de los hombres. Casábanse con una sola mujer, á excepcion de los *pericues* que eran polígamos; el marido tenía absoluta autoridad sobre su esposa. No amaban tanto á sus hijos que no mataran á los que no podían mantener, y las mujeres primerizas procuraban el aborto, porque aquel niño no fuera débil y enfermizo.

Antes de aquellos pueblos bárbaros vivieron en la California gentes más adelantadas. Entre los 27° y 28° lat. se ven grutas en cuyas paredes se distinguen figuras de hombres con trages y adornos, y animales de aquella localidad y de otros que allí son desconocidos. En las cuevas y rocas lisas se distinguen pinturas de hombres, pescados, arcos, flechas, y ciertas rayas que semejan caracteres de escritura; los colores son amarillo, colorado, verde y negro. Estas pinturas se encuentran en los lugares más altos, por lo que los naturales juzgan ser obra de gigantes. En un peñon altísimo hay una serie de manos estampadas de colorado: hácia Puzmo una cantidad de trazos remedando una inscripcion. "Por más que se ha preguntado á los indios californianos, qué significan las figuras, rayas y caracteres, no se ha podido conseguir razon alguna que satisfaga. Lo más que se ha averiguado por sus noticias, es que son de sus antepasados, "y que los de hoy ignoran absolutamente la significacion." (1)

(1) Historia de la antigua ó baja California; obra póstuma del P. Francisco Javier Clavigero, de la Compañía de Jesus. Traducida del italiano por el Presbítero D. Nicolás María de San Vicente. México: 1852. Cuarta serie de documentos para la historia de México, tom. V.